

za, por muy respetable que esta sea, puede cegar; que el deseo de obtener una reparacion legitima, puede conducir algunas veces á los pensamientos mas legitimos y leales á incurrir en un error.

»¡Las prevenciones...! ¡Hé ahí la clave de esta causa! ¡Hé ahí el temor que ha de preocuparos de continuo! ¡No escuchéis su voz engañadora; apartad de vosotros todas las pasiones, todos los impulsos tumultuosos del corazón! No quiero discutir sino con la voz de la razón. Para escucharme no quiero hallar sino hombres frios, formales, que pesen con cuidado una acusacion grave y se detengan ante el temor de dictar una sentencia injusta. Una vez apartadas las prevenciones, firmes é inalterables en vuestros asientos, examinad la causa, nada mas que la causa. No dejéis que os preocupen dudas de ningun género, que no haga vibrar vuestros pechos una palabra elocuente. Un argumento que se mezcla con lágrimas y se funda en el dolor, es uno de los peligros mas grandes con que puede tropezar la conciencia del jurado. Por nuestra parte no teneis que temer ese medio horroroso; lo repetimos, solo apelamos á la voz de la razón.»

Despues de este exordio hábil, M. Rouher entró en la esposicion de los hechos. Manifestó ante todo que se abstendria de registrar los pormenores íntimos del interior de una familia. Defensor de Besson, su mision no era la de defender á aquella á quien no se habian creído con derecho para acusar. Así lo dijo, al menos; pero en seguida se vió precisado á ceder á las necesidades de su causa, é hizo la historia del matrimonio de Marcellange. Recordó la conducta de Mad. de la Roche-Negly, dándolo todo por medio del contrato de boda, consintiendo, en provecho de su yerno, en un arriendo de sus posesiones á un precio ínfimo. ¿Por parte de quién está la abnegacion? Pero Vilhardin contrajo deudas; una sola idea le abrumaba: temia menguar su patrimonio para pagar sus deudas; ahorraba, pues, sus rentas, y organizó la economía mas minuciosa en aquella familia acostumbrada á la opulencia.

La muerte de M. de Chamblas hizo que tuviese un acreedor mas, que fue la condesa. Vilhardin se asustó; era preciso que tuviese consigo á su suegra, que se uniesen y confundiesen las dos fortunas. En Puy quiso Mad. de Chamblas sostener su rango; en cuanto á Marcellange, no pensó mas que en pagar á sus acreedores. Hé ahí declarada la hostilidad de intereses. A esas disensiones, ¿podian sobreponerse otras pasiones? Besson y Maria Boudon, servidores antiguos de la familia, fueron los confidentes naturales y no hubo mas.

Despues de la separacion, Besson quedó cobrando su salario de M. de Marcellange; pero estuvo especialmente al servicio de las señoras. No fue él la causa de aquellos pleitos que tuvieron por efecto el exaltar la imaginacion de M. de Marcellange y hacerle ver enemigos en todas partes.

Besson fue preso despues del crimen; ninguna prueba material habla contra él, y su firmeza no se ha desmentido un solo instante durante dos años. Los testigos acusadores, por el contrario, han varia-

do incesantemente. Cedat dice que en el hombre á quien se encontró cerca del bosque de Chamblas con la cara cubierta de pústulas, reconoció al pronto positivamente á Besson.

La acusacion que ha sobrevivido á todas las demás, la que por fin ha salido de la infinita movilidad de los testimonios, la acusacion formulada contra Santiago Besson, ¿es al menos positiva y fuerte? No; se le acusa de ser el autor del asesinato, y subsidiariamente de ser cómplice, por haber escitado ó prestado su asistencia al autor principal, doble pretension que revela su debilidad.

Se invocan pruebas morales y pruebas materiales.

Las pruebas morales solo se fundan en palabras desmentidas, ó que se esplicarian por la grosería ó la falta de educacion de un criado. Palabras no son pruebas.

¿Pero no tiene el crimen mas esplicacion posible que el odio de un criado? ¿no hay mas autor posible que Besson? Algun tiempo antes de la muerte de M. de Marcellange, un desgraciado guarda-bosque sucumbía por la bala de un asesino: era algun rencor trivial, era resultado de haber formado á este alguna sumaria. ¿No pudo un motivo igualmente frívolo armar á un asesino contra M. de Marcellange? En el momento en que aquel guarda-bosque, llamado Colombet, se agitaba en las convulsiones de la muerte, atravesado por un balazo, M. Alirol, médico en Puy, oyó pronunciar estas palabras entre la multitud: *¡Otro tanto le sucederá á M. de Marcellange!*

¿Qué prueba contra Besson la condesa de Arzac? Sin duda alguna se debe respetar la declaracion del jurado de Puy; pero nada liga á otro jurado. Ese Arzac es un problema singular; bajo la palabra poderosa del señor presidente le habeis visto solicitado, en nombre de su libertad, de la esperanza de un perdon posible, para que lo revelase todo á la justicia; le habeis visto permanecer firme, impasible; le habeis oido repetir: «Los hombres son injustos, Dios me juzgará.» ¿Habeis adivinado á ese hombre? ¿No se apodere la acusacion de la declaracion de Arzac? ¿En ella todo es incertidumbre, duda espantosa!

Matias Reynaud conoció á Besson; en la instruccion declaraba lo contrario. Cinco testigos refieren de un modo distinto el hecho de haberle conocido. ¿Creereis mejor las charlatanerías de taberna, que una declaracion solemne hecha ante un juez?

Claudio Reynaud ha estado vario en la sumaria, ha acomodado su testimonio á la movilidad de la sumaria. ¿Decís que tenia miedo? El miedo reduce al silencio, no es desleal. Claudio Reynaud ha mentido ayer ú hoy. ¿Le han asalariado? No, sin duda alguna; pero ha podido esperar la recompensa de un crimen que no le habian encargado cometer.

Pero todo desaparece ante la *coartada*. Nunca la hubo mejor probada; ocho testigos la establecen. Sentenciad á esos ocho hombres antes que á Santiago Besson, si quereis ser lógicos. No habeis tenido valor para prenderlos: así, pues, la *coartada* queda en toda su fuerza, queda, cual una duda po-